

munidad con los arenarios de la Roma antigua. Los cristianos no hubieran podido labrar sus sepulturas en las calles de piedra durísima, formadas por los extractores del *tufo litoide*. Los cristianos no hubieran cometido la torpeza de llevar sus muertos á los subterráneos de la *puzzolana*, que estaban en constante diaria explotación, y que tal vez eran además guarida de inocentes, como aquel que llevaba á Asinio para los fines que expresa Ciceron.

Las grutas (*arenariæ*) de la *pouzzolana* eran anchas y corrían largas distancias, formando curvas y aún círculo, para la más fácil salida de los hombres y de los carros. Las calles de las Catacumbas son estrechas, estrechísimas, y sus frecuentes ángulos y zig-zag nada revelan ménos que la facilidad de la salida; ántes bien parece que se propone multiplicar las dificultades de la entrada. Se necesita no haber penetrado jamás en las Catacumbas, señaladamente en las de la via Appia, para imaginar que aquel ingenioso laberinto de los cristianos perseguidos, que aquellas paredes con su doble y triple orden de sepulcros, por entre las cuales difícilmente puede andar más de una persona, hayan tenido ántes otro destino, hayan servido para otra cosa que para dar morada á los muertos, refugio á los vivos, y en el modesto altar, no lejano, culto á la Divinidad.

Pudieron los cristianos en el siglo II utilizar algun arenario, abandonado de largo tiempo; pudieron servirse de algun otro, como entrada, como vestíbulo para sus cementerios y para su refugio; pudieron, finalmente, abrir sus calles de sepulcros debajo de los vacíos corredores de *puzzolana*; todo esto es verosímil; pero que llevarán sus muertos al lugar, donde los implacables enemigos del nombre cristiano depositáran los suyos, ni la historia lo dice ni lo consiente la crítica racional. Bosio, el gran explorador de la *Roma subterránea*, su continuador Severani, y Aringhi, su traductor; Boldetti, en sus *Observaciones sobre los cementerios de los santos mártires y antiguos cristianos de Roma*; el erudito Marangoni, y por último, el sabio jesuita padre Marchi y su digno discípulo el Caballero de Rossi, sostienen con razones incontestables la autenticidad de

los monumentos de las Catacumbas. Merced á sus estudios y desvelos, la Roma de los mártires, sepultada por tantos siglos, aparece en toda su grandeza, enviando raudales de luz sobre la historia y sobre las artes. La nueva *Roma subterránea*, con que el citado profesor de Rossi enriquece la arqueología cristiana, es una de las publicaciones más interesantes de la edad moderna.

Para quien estudie con espíritu sereno las razones acumuladas por tantos sabios, y la solemne demostración, que les dan los preciosos descubrimientos de cada día, la opinión de Bagnaje y de los otros escritores protestantes contra la genuinidad de los cementerios cristianos, no pasa de ser un pobre recurso de guerra para ganar victorias fáciles sobre la ignorancia.

Miraban las tumbas los antiguos romanos como objeto tan sagrado, y á tal punto llevaban la religión de los sepulcros, que el miedo de las profanaciones, más que otro algun motivo, los indujo á quemar los cadáveres y conservar en pequeñas urnas las cenizas de las personas amadas. Sólo alguna familia por excepción, á contar desde el siglo III de Roma, enterraba sus cadáveres; tal era, con otras dos ó tres, la familia Cornelia, á que, como es sabido, pertenecían los Scipiones, cuyos sepulcros fueron encontrados fuera de la puerta Capena; y aún Sylva, por excepción de la excepción, dispuso que su cuerpo fuese entregado al fuego. Puede, pues, decirse que desde ántes de los decenviros y de las leyes de las Doce Tablas hasta los últimos tiempos de los emperadores Antoninos, fué constante en Roma el empleo de los *rogus* ó *pira* para los cadáveres, y aún había un quemadero general (*ustaria publica*) para la clase plebeya y pobre. Los inhumados eran: los párvulos menores de siete meses; los muertos por rayo, enemigos patentes de Júpiter, y los suicidas. Los esclavos y los menesterosos vagabundos eran llevados en muerte á la gran fosa del Esquilino. Ahora bien; ¿hubieran abierto los romanos para estas últimas clases de la sociedad, y sobre todo para los esclavos, tenidos como cosa, una serie de galerías como la de los cementerios, una verdadera ciudad subterránea tan grande como su ciudad de mármoles? Y si la hubieran abierto, si hubieran construido

ese maravilloso laberinto de corredores, con dos, tres y cuatro pisos, con dos, tres y cuatro filas de sepulturas independientes, ¿es posible que los escritores romanos, tan cuidadosos de dar noticia de todo lo que Roma contenía, hubieran omitido la descripción de tan interesante monumento, así bajo su punto de vista religioso como por la vastedad misma de la obra? ¿Cómo se explica el silencio de los extranjeros que, á imitación de Dionisio de Halicarnaso, nos han transmitido minuciosas descripciones de la ciudad de los Césares? Si se examina un poco el sistema administrativo de la república y aún del imperio, se verá que hay, con su denominación y atribuciones respectivas, autoridad que vigila sobre las vías públicas y sobre los puentes y sobre las cloacas, y ni una palabra se dice de las sepulturas, que ocupan millas y millas debajo de la ciudad y de su campo. Fueron, pues, éstas enteramente desconocidas para la Roma pagana. Y ha de notarse que cabalmente hácia la parte del Esquilino, donde, al decir de los historiadores, se quemaban ó arrojaban los cuerpos de los pobres, *pauperum corpora vel comburi vel projici solita fuisse*, no existe cementerio cristiano. Si á todo esto se añade que todavía en los millares y millares de monumentos y de lápidas, que han ofrecido y diariamente ofrecen las Catacumbas, aún está por descubrirse el primer objeto ó la primera inscripción de fecha anterior á la era cristiana, quedará como una verdad ejecutoriada é inatacable el origen exclusivamente cristiano de las Catacumbas, siquiera algunas puedan estar abiertas junto á los antiguos arenarios ó debajo de la galería única, practicada por los extractores de materiales.

IV.

La historia de las Catacumbas, en su período más interesante, no puede estudiarse sin tener á la vista un libro, que pocos leen, y que á ningún otro libro cede en importancia,

aún bajo el punto de vista de la filosofía; nos referimos á las *Actas de los Mártires*, ejecutoria santa de la virtud, poema inmortal del heroísmo cristiano.

Los perseguidores y los verdugos llevaban la crueldad con sus víctimas hasta más allá de la muerte: los restos de los mártires eran esparcidos por las vías públicas, por las plazas ó por los campos, para que las fieras y las aves de rapiña los devorasen; ó bien eran arrojados á los hornos, ó á los abismos del mar, ó á la corriente del Tíber, ó á las cloacas y lagos; muchas veces, divididos en menudos pedazos, llevábalos el azar de una parte en otra; muchas veces, por último, mezclados con los huesos de los facinerosos, y aún de los animales, iban á caer al pudridero de la puerta Esquilina; pero la Providencia, que preservó de las fieras el cuerpo insepulto del protomártir San Estéban, y que puso dos águilas para guardar de las aves el cuerpo de Santa Martina y el de Santa Prisca, y un cuervo junto al levita español San Vicente, cantado por Prudencio; la Providencia, que suspendió los efectos del fuego contra los restos mortales de Flavia Domitilla y de Eufrosina y de Teodora, y que hizo salir de las aguas los despojos de San Alejandro y San Luciano, y que separó con señales prodigiosas los huesos de los mártires de Zaragoza, que Daciano confundiera con los de gentiles; esa Providencia velaba con especial amor por los fieles que sufrían, y por los bienaventurados que triunfaban. Los pontífices, los presbíteros, hombres seculares, de alta condición algunos, como Palladio, de la corte de Adriano, y los tribunos Flaviano, Calixto y Ammonio, y el senador Asterio: matronas y doncellas como Basilisa y Anastasia, y Perpétua, y las dos Lucinas, y Felicitas, y sobre todas, Práxedes y Pudenciana, de la ilustre familia de Pudente, ora dedicando á cementerios sus propios fundos, quizás sus propias casas, ora corriendo tras los verdugos, para apoderarse de los ensangrentados restos de los mártires, ora recorriendo por la noche la arena de los circos y del Anfiteatro en busca de los santos despojos, que rescataban á veces á peso de oro, á veces á costa de su propia vida, ofrecen un cuadro maravilloso, la página más sublime de la historia de la humanidad. De las

Se preguntará: ¿Eran por ventura huesos de mártires los que se descubrieron en centenares de millares de *Loculi*, y en kilómetros y kilómetros de galerías? No, ciertamente: la Iglesia, procediendo en esto, como en todo, con exquisita prudencia, no ha tributado los honores de la santidad, ni expone á la reverencia de los fieles, sino aquellos restos hallados en las Catacumbas con caracteres indudables, auténticos, del martirio; tales son en la lápida la representación de la palma, ó de los varios instrumentos usados por los verdugos, y en la sepultura misma, la ampolla de sangre, los carbones, los garfios, ú otro análogo testimonio del tormento.

Los repetidos, incesantes descubrimientos, que ahora se hacen en las regiones de la Roma subterránea, permiten ya conjeturar que, en los remotos tiempos, á cada parroquia correspondía un cementerio, ora abierto en fundos particulares al abrigo del derecho comun de propiedad, ora escondido debajo de los arenarios y de las antiguas grutas de la campaña romana. En los días de la persecucion, las asambleas de los fieles y el culto religioso transferíanse á los cementerios; entónces era preciso cubrir con maleza ó tapar con piedras las entradas, era preciso apostar vigilantes en actitud de mendigos por las avenidas, y aún así, el Papa San Cornelio escribía á la mitad del siglo III: «La persecucion es de tal modo violenta, que no podemos reunirnos ni aún en las Catacumbas mejor conocidas»; y un epitafio notabilísimo del cementerio de San Calixto, despues de decir: «*Alejandro* no está muerto, sino que vive más allá de los astros y su cuerpo reposa en la tumba», termina con estas exclamaciones: «¡Oh tiempos lamentables, en que ni siquiera en las cavernas podemos ofrecer á salvo nuestros sacrificios y nuestras oraciones! ¡Qué hay más miserable que la vida, ni qué más miserable despues de la vida, que el no poder ser enterrados por amigos y parientes!!.....»

Con la idea de la veneracion, de que eran objeto los cementerios en la Roma cristiana, se armoniza el recuerdo de una institucion por muchos títulos gloriosa, especie de milicia pacífica, cuerpo de ingenieros para la fábrica inmensa de la ciudad subterránea: era aquella institucion la de los *Fossores* ó

Fossarii, adscritos por regiones ó parroquias á la excavacion de cada cementerio; cristianos llenos de caridad y de valor, que imitando el ejemplo de Tobías y del piadoso José de Arimathea, abrian con diligencia y guardaban con amor las sepulturas de sus hermanos. Figuraos, dice el P. Marchi, las dificultades y obstáculos sin número que estos héroes tendrian que vencer, los peligros que correrian disputando á los verdugos, ya á fuerza de ruegos, ya á precio de oro, los despojos de sus víctimas; vedlos, como ladrones nocturnos, arrebatando los cuerpos santos y trasportándolos en *brancards* ó en carros, á lo largo de las vias públicas, para enterrarlos secretamente en los sagrados subterráneos....., y comprenderéis la vida de aquellos hombres magnánimos, que alentados por la sola esperanza de una remuneracion futura, han fabricado con sus manos y amasado con su sudor, quizá con su sangre, esta Jerusalem subterránea, santa, de la más sublime santidad que Dios ha concedido en la tierra.....

La calidad de *Fossor* constituia uno de los grados de iniciacion para el sacerdocio. Algunos de los adscritos á esta obra de misericordia coronaron con la gloria del martirio su vida de abnegacion y de heroismo: otros terminaron sus días en paz y fueron depositados tal vez en las galerías mismas que sus manos abrieran. En las Catacumbas de Calixto se halló un epitafio que decia:

DIóGENES. FOSSOR. IN PACE
DEPOSITUS
OCTABU. KALENDAS. OCTOBRIS.

Diógenes el sepulturero ha salido á nueva vida bajo la pluma del cardenal Wiseman: es una de las bellas figuras que entran en el hermoso cuadro de *Fabiola*. El fosor y la orante son dos emblemas interesantísimos de la vida, trazados con caracteres de luz en la region de la muerte; el *fosor* significa el trabajo; la *orante* significa la contemplacion. El *fosor* contribuye con la ruda tarea de sus manos á la conservacion del

polvo de los hombres; el artista que pinta las orantes y decora los sepulcros coopera á la conservacion de la memoria y de la fama, polvo más menudo y ménos duradero que el polvo mismo de las sepulturas.

Las Catacumbas, como lugares un tiempo destinados al culto cristiano, tienen una importancia de primer orden. Las cámaras (*Cubicula*) destinadas á la reunion de los fieles y prácticas religiosas han dado el modelo á las iglesias: el exámen detenido y discreto de aquellas antiguas capillas y de los objetos que formaban su adorno corrobora de un modo admirable la historia del culto cristiano. Las cámaras ó capillas eran pequeñas; acaso ninguna podia contener un centenar de personas: bien se comprende que la aglomeracion de fieles en un solo local hubiera sido imprudente, sobre ser muy difícil, en épocas de persecucion y sobresalto. La multitud de lámparas halladas en las Catacumbas prueba que en un principio la luz del dia no penetraba en aquellos antros, y aún andando los tiempos, solo á pocas de aquellas celdas podia alumbrar la escasa luz de algun respiradero (*Foramen*, como decia San Jerónimo), abierto en la campaña solitaria. Las pequeñas salas ó capillas de todas formas, construidas en el *tufa* mismo, tienen alguna vez gradería al rededor para los fieles, asientos en la pared principal para los presbíteros, y aún uno más distinguido para el obispo ó Pontífice que presidia. Las hay con cuatro columnas de la misma piedra arenosa ó *tufa*, que sostiene la bóveda: un sarcófago de piedra, que encierra el cuerpo de un mártir, forma la mesa del altar. En algunas Catacumbas se ve cerca de tales templos vestigio de fuente ó piscina, que declara la existencia de antiguo bautisterio: una silla de piedra, enfrente de otra pontifical, en el cementerio de Santa Ines, prueba que allí fué administrado el sacramento del orden, ó verificada la consagracion episcopal: otros asientos humildes, abiertos en la misma pared, en lo más extremo y oculto del *cubiculum*, inducen al P. Marchi á creer que son confesonarios. ¿Quién puede, pues, dudar de que el culto y los ritos de las Catacumbas, de la Iglesia perseguida, son el culto y los ritos de la Iglesia triunfante, de la Iglesia de las Basílicas de mármol y de las

catedrales góticas, cuya aguja domina en las alturas? Llámase aún *Confesion* el altar mayor de las iglesias, y suele tambien contener reliquias de santos; el Papa San Félix, en el siglo III, mandó que se celebrasen las misas *supra memorias martyrum*. Cuadradas, rectángulas, esféricas, octógonas, cuantas formas ha dado á los templos la arquitectura del renacimiento, tienen su origen y su precedente en los modestos oratorios de las Catacumbas: esférico con seis nichos semicirculares lo hay en las de San Calixto: cuadrado con su tumba en medio, sirviendo de altar, entre cuatro columnas, lo ofreció el cementerio de Santa Elena; en bóveda que reposa sobre dos columnas, con tumbas á los lados, y otra enfrente *monumentum arcuatum*, la silla episcopal, lo tiene el de Santa Ines: de *cubiculum clarum*, es decir, capilla con una claraboya al campo, en la bóveda, ofrece modelo el cementerio de Santos Marcelino y Pedro, en la via Labicana, descubierto por Bosio. ¿De dónde, sino de estos nichos laterales, de los oratorios subterráneos, pudieron tomar las iglesias su sistema de capillas, que ciertamente no reconocen ni parecido siquiera en los templos griegos ni en las famosas Basílicas romanas? De la balaustrada, que suele separar el altar mayor del resto de la nave, se encontró asimismo vestigio en el cementerio de San Calixto. Más adelante, cuando la Iglesia salga de las Catacumbas, y empiecen á edificarse templos á la luz del dia, aparecerán algunos sobre las tumbas subterráneas de los primeros tiempos; es decir, que sin tocar al sepulcro de Santa Prisca, bautizada de San Pedro, que los cristianos de la Iglesia naciente colocaron en el centro de la propia habitacion de la Santa, habrá un templo á flor de tierra, que tenga por *Confesion*, ó altar subterráneo, aquella habitacion y aquel sepulcro, sin perjuicio de otro altar en la parte superior y á la vista de los fieles: capilla subterránea é iglesia superior hay en San Pancracio, y en Santa Práxedes, y en San Martin de *I Monti*, y en Santos Nereo y Achileo, y sobre todo en el Vaticano. Así se perpetúan hermanados los sufrimientos y las alegrías de la Iglesia: así se juntan en una sola vivísima luz, los resplandores de la Iglesia perseguida y de la Iglesia triunfante. En las entrañas de las Basílicas más insig-

nes y de los templos más antiguos palpita con latido inextinguible la vida de las Catacumbas.

V.

En la cuestion de los cementerios cristianos, el protestantismo ha sufrido tantas derrotas como batallas presentó: quiso apelar de la historia ante la ciencia geológica; y la ciencia geológica ha declarado que las Catacumbas no son los arenarios ni las carreras ó *Latomie* de las antiguas explotaciones de tierra y piedra. Apeló á la química contra los vestigios de sangre, guardados en la sepultura de los mártires; y la química, que no tiene odios ni entiende de sectas, ha respondido á la pregunta de los reactivos, hecha con todas las reglas en laboratorios de protestantes, que el contenido de las ampollas fué sangre humana, y de sangre humana las señales evidentes que conservan. Apeló, por último, el libre-exámen al tribunal de las bellas artes; pidió á toda costa algo que pareciese de mano pagana, y las bellas artes, como pronto hemos de ver, responden al libre-exámen, agente y procurador del protestantismo, con la misma crueldad que las ciencias naturales.

En las Catacumbas todo es cristiano; ni nuestros padres fueron á confundir sus oraciones y sus cenizas con las cenizas de los gentiles, ni permitieron despues que sus cementerios se contamináran con los restos de judíos, herejes ó cismáticos: sobre esto no cabe ya ni discusion; á tal punto han llevado sus demostraciones los insignes viajeros de la Roma subterránea, especialmente Severani, en su libro IV, continuacion de Bossio, que es el gran maestro, el intrépido Colon de las Catacumbas. La pintura, la escultura y las inscripciones concuerdan de una manera admirable, para corroborar su doctrina, formando la más bella corona, la gloria humana más espléndida de la ciudad de los mártires.

Las pinturas al fresco, descubiertas en el fondo de las Catacumbas, tienen doble importancia que aquellas otras de Herculano y de Pompeya, que hoy son rico tesoro del museo Real de Nápoles. Las de Herculano y Pompeya traen, puede decirse, la última noticia del estado del arte en un pueblo y en una civilizacion perfectamente conocidos y estudiados: las pinturas de las Catacumbas traen la noticia primera de un arte, que brota en la obscuridad, para llegar un dia hasta las estancias del Vaticano y la Transfiguracion y el San Antonio de Sevilla. A una arquitectura, que produce el Panteon y el pórtico de Octavia, y luégo el Coliseo, y á una escultura que da muestras de sí como las estatuas de César y de Pompeyo, de Augusto y de Tiberio, y más tarde los adornos del arco de Trajano, y el simulacro ecuestre de Marco Aurelio, no es mucho que precedan y correspondan obras en mosaico, como los gladiadores y la batalla de Alejandro, y pinturas murales como las encontradas en la casa de los Césares y las tan abundantes de Herculano y de Pompeya. Los cristianos de las Catacumbas, obedeciendo á un nuevo orden de ideas y de sentimientos, iluminados por la luz de más alta inspiracion, pero sin luz material, sin reposo, sin precedentes ni preparacion estética, dan vida á un arte nuevo, á un arte que nace en recónditas cavidades del suelo romano, poco despues de haber aparecido en Oriente, y en humilde cueva tambien, el astro esplendoroso de la belleza absoluta.

El racionalismo ha bajado á las Catacumbas sin otra luz que la muy débil del *cerino* que lleva en la mano; sin otro pensamiento que el de contradecir, sin otro deseo que el de negar: ha paseado la temblorosa llama de su bujía por delante de las figuras del Antiguo Testamento, que decoran ciertas paredes y bóvedas: más adelante ha visto sin sorpresa las imágenes del Salvador y de los santos; su preocupacion es encontrar algo que recuerde ó le signifique los pintores de Pompeya y los poetas del tiempo de Augusto y los dioses y las fábulas de la gentilidad, ¡Eureka! exclama alborozado el racionalismo: ya lo encontré: este personaje sentado, que toca la lira, cuyos ecos dulcísimos parece que se aprestan á escu-